

Martes 5 de Octubre de 1920

LA PLANCHA DE DON HERNANDO

Hace de esto, justo, cuatrocientos años.

La carabela enfrentó el Cabo de las Once mil Virgenes - en ese tiempo, las había en abundancia - y don Hernando de Magallanes dió orden de volver proa hacia occidente.

La ruta buscada en vano por don Juan Díaz de Solís, para llegar a Las Molucas, se le habría de par en par, como a un alessandrista, las del presupuesto.

Algunos patagones, futuros accionistas de Tierra del Fuego, le miraban con asombro desde una de las riberas.

El hidalgo lusitano, fijó la vista distraída en la angosta y móvil cinta de plata que indicaba la nueva ruta hacia la India, y por primera vez sintió un desvanecimiento de orgullo: - Ese camino se debía a él, a su esfuerzo, a su pericia de marino.

Todavía después de cuatro siglos, España le rendiría su tributo de reconocimiento, y el mismo Portugal se honraría con la gloria de su nombre.

El ilustre aventurero se equivocaba, sin embargo, al creerse un héroe español o lusitano, e imaginar que de ellos partiría, con los siglos, la iniciativa de rendir culto a sus hazañas.

El error era por cierto disculpable tratándose de un marino que no había dispuesto del tiempo suficiente para estudiar a fondo los usos y hábitos de los aborígenes que tenía el honor de descubrir.

Y menos mal que esos hábitos indígenas han venido a salvarlo del olvido.

Han transcurrido cuatro siglos.

La costumbre criolla de apoderarse de lo ajeno, sin permiso de su dueño, suele tener ventajas imprevistas para la memoria de los grandes hombres.

Y ahí tenemos al valeroso, adusto y tesorero, don Hernando, convertido mansamente en una gloria nacional. Invitamos a su fiesta, nos abrogamos su representación, fijamos domicilio a su recuerdo y celebramos sus proezas como si fueran triunfos nuestros.

Portugal, su patria de origen, y España, su patria de adopción, vendrán aquí a rendirle sus respetos y las naciones sudamericanas, se inclinarán cortesmente ante el prócer que ha brotado de improviso, como en suelo nativo, en esta tierra hospitalaria tan entusiasta por la inmigración que ni aún aplica la ley de residencia.

Acaso esas naciones, con ánimo ligero, no se expliquen la razón por la cual Chile, celebra como propias las proezas del nauta portugués, cuyas glorias reivindica para sí, al cabo de tantos lustros; pero esto nace solamente de falta de observación del hecho histórico.

Nadie que juzgue, en efecto, con imparcialidad esta cuestión, dejará de reconocer la importantísima parte que nos toca en la obra de Magallanes.

Si España organizó la expedición, si Portugal dió cuna a don Hernando y si éste puso el contingente de su audacia y de su talento, nosotros en cambio, suministramos la materia prima: proporcionamos el Estrecho.

Sin esta oportuna y franca colaboración nuestra, Magallanes habría fracasado, sin alcanzar a llegar a la isla de Mactan, donde un salvaje, auténtico, digno de presidir en cualquier parte la liga contra el cohecho, lo asesinó de una pedrada.

Como no sea aquella la razón que el Gobierno de Chile ha tenido para invitar a este festejo, ignoramos cuál sea.

Chile no es por el momento, el país más apropiado para exhibirlo a la curiosidad de las misiones extranjeras.

Cuando pasó Magallanes la cosa era distinta. La ropa de los felices habitantes de esta tierra, dejaba algo que desear; pero en cambio, no existía la política, ni había bolcheviques, ni se vendían los documentos diplomáticos, ni se paseaban cadáveres por frente a la Moneda, ni se iniciaban gestiones de arreglo con los vecinos, ni el presupuesto nacional, arrojaba entonces un déficit de noventa millones.

No sea que las misiones extranjeras, al percatarse de esta situación, nos miren con cierta lástima y se digan: - Don Hernando ha hecho una plancha. ¡Más valía que a esta gente no la hubieran descubierto!

P.

